



Una de Rodrigo

Marcia había llegado al registro con una mezcla de emociones. No podía dejar de deleitarse con el plan de ser parte después de tanto tiempo de un casamiento, y más cuando el festejo involucraba a alguna gran amiga suya. Sin duda, era pura felicidad. La diferencia ahora era que no era su amiga la que se casaba, sino la hija de su amiga... y esto automáticamente la ponía en otro lugar en el evento. El lugar de la generación anterior, la de los "grandes" que no bailan, que se van temprano. No porque no quieran divertirse, sino porque ya es diferente la forma de diversión. Igualmente, ella quería bailar y pasarla bien y descontracturar un poco la vida tan ardua que estaba llevando. Sus hijas eran el gran motor de sus días, pero había que poner en marcha mucho trabajo para sostener y organizar la vida de las cuatro. Por suerte, su ex aportaba y era buen padre, pero había formado familia lejos y veía a las nenas una vez al año. Y también, por suerte, su mamá estaba siempre para lo que necesitaba. Así y todo, no alcanzaba para que pudiera encontrar oportunidades en las que podía disfrutar sola. Por eso, hoy estaba contenta de haberlo logrado, de que las nenas estuvieran viendo una peli con la abuela, de haber llegado a tiempo para el evento, de saber que seguía compartiendo los momentos importantes con su amiga, de haber logrado ir a la peluquería al menos para un peinado decente. No pretendía mucho más. Estaba todo en orden. Agotada, pero sola y radiante.

El juez llamó a los testigos y se acercaron a los novios. No había llegado a preguntarle a su amiga a quiénes finalmente habían elegido y tampoco llegó a verles las caras cuando se sentaron. Cada uno habló, y no logró identificarlos. Pero cuando le tocó al último de los testigos, su voz le pareció conocida. No tenía la edad de los novios, era más grande. Y parecía que había tenido que ver con el primer encuentro de la pareja. No llegó a escuchar bien los detalles porque en verdad, más que su voz, le llamó la atención la risa que tenía... Varias veces durante su breve discurso soltó unas carcajadas tímidas, ante las interrupciones oportunas del juez. ¡Listo! Ya se había dado cuenta: le hacía



acordar a Patán, el de los Autos Locos, y también a un flaco del club a quien le decían así por su risa tan excepcional.

Mariano salió del recinto feliz por vivenciar el amor a flor de piel, por el abrazo con su amigo del alma, viéndolo llorar de felicidad por su hijo, y por haber sido testigo del encuentro inicial y ahora de la unión de estos jóvenes. Parecía que de verdad estaban unidos para siempre. Un broche de oro para una historia de amor, sin duda. Un desenlace que claramente no era propio de sus tantas historias. Ni a pensarlo siquiera se había puesto. Las mujeres eran un hermoso mal necesario en su vida. Una necesidad de estar acompañado, pero únicamente para evitar el insoportable estado de la soledad. Así que todo muy lindo lo vivido, pero hasta acá llegamos. Y ahora que había puesto otro punto final a su relación reciente, ya era tiempo de reposar, de dejar que la vida fluyera y volver a reencontrarse consigo mismo. Quizás hasta podría de verdad encontrar la felicidad sin estar acompañado, sin ataduras ni mañas de otros. Quién sabe. Paradójicamente, la unión de su ahijado le generó una seguridad absoluta en su propio estado civil actual: el eterno padrino soltero.

Hermosa ceremonia. Hermoso brindis de bienvenida. Y hermosa fiesta. El salón estaba colmado de gente. Nada de la bola de boliche con miles de colores que Marcia se había imaginado. Ya había bailado lo suficiente y era necesario elegir un lugar y sentarse a esperar que el DJ pusiera algún tema de su época. Debería tener a la vista a su amiga, porque si llegaban a poner una de Rodrigo era imprescindible que estuviera ella para recordar sus frenéticos bailes de antaño.

Y sucedió. Escuchó solo el principio de la canción y se encontró cantando en el medio de la pista. Soltó un "Fue lo mejor del amor...", moviendo la cabeza y deslizándose sin rumbo. No importaba estar sola y disfrutar del momento con los ojos cerrados. Hasta que... sintió que alguien la agarró de la mano y se encontró dando vueltas entre brazos que subían y bajaban al ritmo del cuarteto. Sintió la juventud misma en sus venas bailando



otra vez con alguien que parecía anticipar sus pasos, conocer sus movimientos, danzando sin parar. Y la canción terminó, y se dio cuenta de que no podía ver a quien tenía enfrente, porque la corbata que se había puesto en el contorno de la cabeza se lo impedía. Él se acercó y le dijo entre risas *patánicas*: “¡No me imaginé que pudieras bailar así!” La adrenalina que sintió por haber sorprendido no importaba a quién, le duró milésimas de segundos. Ya que no le gustó nada sentir cerca el sudor ni la sensación de que él no podía mirarla fijo a los ojos. “Y vos... bastante bien para la cantidad de tragos que tomaste”. Y, obviamente, no pudo más que escaparse: “Disculpame, tengo que pasar al baño”. Se miró en el espejo y se acomodó el vestido. Se quedó con la satisfacción de saber que podía seguir coordinando pasos. Ni el nombre sabía, ni tenía sentido tampoco saberlo.

Pasaron como diez días y la rutina hizo que aquella fiesta quedara en el recuerdo. Uno más para sumar a la gran amistad. Estaba llegando al gimnasio, cuando sonó el celular: “Hola, ¿cómo estás? Soy Mariano. ¿Te acordás de mí?” Y hasta que no soltó su risa, no se había dado cuenta de la situación insólita. “Te llamaba para saber si querés ir a tomar algo conmigo”. Ella, incrédula, arrugando la cara, sin entender bien que de verdad la estaban invitando a salir, contestó muy segura: “Ah, perdón, pero yo no tomo... y además... te cuento... tengo tres hijas”. Suficiente, de principio a fin, para espantar a cualquiera. “¿Y? Solo quiero encontrarme con vos y poder hablar lo que no pudimos aquel día. A tus hijas no las estoy invitando. Aunque si querés, café de por medio, me podés contar de ellas”. Por un segundo, pensó que era posible. Pero no. “Ay, disculpame. Pero no va a poder ser”. Y ahí quedó.

Justo terminaba de acomodarse la picada y se disponía a abrir el tinto. Le encantaba ser anfitrión en casa ajena. Ya había pasado un año de la fiesta de su ahijado y era motivo para brindar con su amigo. El recuerdo de la fiesta hizo que pensara otra vez en esa última relación que había tenido hasta antes del casamiento. “Al



final, menos mal que aquella amiga de Paula no me dio bola, porque si no, no estaría cumpliendo un año sin ataduras". Hacía rato que no hablaba de mujeres, y menos en su encuentro habitual con amigos. Fue la fiesta la que le dio un sacudón. Uno que aún no había logrado entender.

Y entonces entró. A pesar de que el encuentro era el habitual con su amigo, ahí estaba Marcia. Habían vuelto con Paula, con su plan de encuentro pinchado porque no habían advertido que había veda electoral... "Nunca me imaginé que no me iban a dejar pedir una cerveza. El maní casi se lo revoleo", dijo Paula ofuscada, dejando su campera en el sillón. "No es para tanto", contestó su marido. "Hay picada de sobra para los cuatro". Y ahí ambos se dieron cuenta de que ni Marcia ni Mariano habían reaccionado. Fueron como unos mil y un segundo, porque en cuanto ella dijo "Acepto la invitación" fue como si el tiempo no hubiese pasado y la charla y las risas, y más charlas y más risas, distendieron esos nervios quinceañeros de ella y lograron incomodar por primera vez a él. Entonces, ella pensó que podía de verdad volver a disfrutar con otro. Y él pensó que, por primera vez, podía disfrutar con alguien.

"¿Por qué no pones una de Rodrigo?, ¿y empezamos todo de *cero* otra vez?"

Cátedra: *Redacción en Español*, del Traductorado de Inglés, turno vespertino.

Autora: Daniela Pupato



El café de cada día

Alguna vez escuché al grupo de ancianos que se reunía los domingos en el club del barrio decir cuando llueve que el clima acompaña al alma. Pero ¿por qué me sentía tan miserable si el día estaba soleado? Todos los días eran iguales para mí, lo único que cambiaba era el clima.

Despertar, ordenar, comer, practicar sonrisas frente al espejo, cerrar la puerta con llave, caminar evitando las baldosas flojas de la calle, contar la cantidad de pasos entre la parada de colectivo hasta la puerta de la oficina, cuántos cajones tenían los archiveros del depósito, cuántos escalones tenía la salida del subte de mi casa, o cuántos azulejos había en la ducha del baño. Todas esas cosas, todos los días. Detalles infaltables, repetitivos, pequeñas cosas que hacían que por momentos mi mente dejara de enfocarse en la nube negra que me perseguía a todos lados y llovía a cántaros aun cuando más arriba el sol brillaba y los demás disfrutaban de sus rayos. Todo lo que me distrajera se transformaba en una rutina que sistemáticamente hacía que me sintiera aún peor. La rutina era necesaria, pero me estaba sofocando poco a poco.

De camino al trabajo, el aroma a café recién hecho siempre me hacía girar la cabeza hacia la tiendita que siempre estuvo ahí, pero a la que no había entrado hasta entonces. El dueño era uno de los ancianos del club del barrio, pero, según algunos vecinos, la que se dedicaba a hacer sociales era su esposa, y siempre se sentaba en la puerta para recibir a los clientes con una voz que solo podían comparar con la de una sirena. Ese día de sol radiante, al pasar por el lugar, el brillo de una sonrisa que jamás había visto antes me encegueció como cuando los niños juegan con un espejo en el sol de primavera. Hipnotizado y sin poder ver con claridad, sentí una mano en mi hombro que me guio hacia adentro de la cafetería.

— ¿Qué puedo ofrecerle hoy? —La voz, dulce y suave como la miel, tenía un dejo profundo, como si le hablara a mi alma.



- No, no sé. No tomo café muy seguido.
- Sorpresa será, entonces.

Por algún motivo, el diálogo sonaba inocente por fuera, pero por dentro estaba totalmente cargado de aventuras y algo que en aquel momento no supe qué era exactamente. El café tenía un sabor que jamás había probado, o quizás sí, pero no podía recordar qué era, y me sorprendió que no oliera a café, sino que olía como la noche en la costa oceánica. Era como si de repente se hubiera hecho de noche, y la brisa de verano se hubiera colado por entre las comisuras de mis labios.

La persona frente a mí seguía sonriendo, satisfecha al ver mi reacción al probar la bebida, pero no volvió a emitir palabra alguna hasta que llegó el momento de despedirme, en el cual solo suspiró un suave “adiós”, relleno de promesas y esperanzas. Como saliendo de un sueño, me dirigí a la salida sin entender lo que había sucedido: el café había provocado una reacción química en mí, y algo había mutado. Al salir de la cafetería, el día estaba extraño, como si le hubieran quitado un filtro o una capa protectora.

Ese día olvidé contar los pasos entre la parada y la oficina, los cajones del depósito, los escalones de la boca del subte y los azulejos del baño de mi casa. Ese día olvidé todo lo que venía haciendo automáticamente los últimos años. En lo único que podía pensar era en el sabor de ese café, en el brillo de esa sonrisa, y en lo fácil que fue perderme entre los sentidos al probar la bebida. Al irme a dormir, me repetí hasta la inconsciencia que eso pasaría a ser un recuerdo y no una rutina, porque no podría soportar una rutina en donde me sintiera tan libre y ajeno a mi nube negra. No podía soportar una rutina que no dejara que mi nube lloviera sobre mí.

La mañana siguiente parecía ser buen augurio: el cielo estaba negro como el abismo, las nubes chocaban entre sí lanzando estruendosos truenos que hacían vibrar el suelo, y la lluvia se dejaba caer de las nubes sin cuidado, de cabeza hacia abajo. El único problema era que mi alma no se sentía



acompañada por el clima. En lugar de sentirme miserable como la lluvia, sentía una suerte de ardor en el centro, como si tuviera un volcán que, después de miles y miles de años de sueño, por fin decidiera salir de su hibernación. Abandoné mi departamento en un apuro desesperante, en búsqueda de aquel aroma y aquel sabor que me llevaran a otro mundo, a uno en donde mi nube no me empapara.

Parecía una persona adicta, obsesionada con un aroma y un sabor que no podía quitarme de la mente, y convertí mis corridas a la tiendita de café en mi misión diaria, mi parada obligatoria, en la cual podía obtener aquella bebida, y descubrir quién era aquella persona que la fabricaba. No podía pensar en nada más, su sonrisa colmaba mis pensamientos y sueños, y el sabor del café hacía que no pudiera probar nada más: los necesitaba con cada fibra de mi ser.

— Nací por aquí cerca. Pero viví la mayor parte de mi vida en otra ciudad. Los señores de la tienda me conocen desde que nací, así que cuando les dije que quería trabajar aquí con ellos, se alegraron mucho y me dejaron modificar algunas cosas en el lugar para poder experimentar.

— ¿Experimentar?

— Los *sommelier* de café no solo saboreamos, sino que también creamos, y para eso, tenemos que experimentar con diferentes sabores e ingredientes.

— Entonces...

— Fuiste parte de mi experimento, sí. —Soltó una risa suave como las olas del mar en primavera.

— ¿Seguro que no fue una poción de amor?

El juego de miradas duró lo que para mí se sintió como eones. Era aún demasiado temprano para la mayoría de la gente, por lo que la tiendita se encontraba vacía, ni siquiera los dueños se encontraban a la vista. Afuera el clima parecía dudoso, con un sol brillante que de a ratos se vestía con nubes de colores blanco y gris. No lo había notado, pero mis manos temblaban y el volcán de mi centro parecía estar pronto a entrar en erupción. El



ambiente se oscureció de repente, se hizo de noche temprano en la mañana, y, a diferencia de la primera vez, mi ceguera no fue por su sonrisa, sino por la oscuridad. Podía oír mi corazón en mis oídos, regañándome por haber soltado esa frase, gritando “te lo dije” una y otra vez. Conté hasta diez, apretando los puños, como si eso fuera a deshacer lo que acababa de hacer, y decidí hacerle caso a mi corazón e irme sin prestarle atención al volcán de mi alma.

— Creía que no había surtido efecto. —Soltó por fin.

El volcán entró en erupción, y consigo todas las emociones que hacía tiempo había estado enfrascando en una nube negra sobre mi cabeza. Todas mis dudas, preocupaciones, temores, mi ansiedad, todo se fue lentamente, como la lava que recorre la montaña y se enfría a su paso, dejando atrás la destrucción y el horror. La oscuridad se tiñó de colores, como el cielo al atardecer, y nuestras almas lograron unirse al pie de la montaña, envueltas en la brisa veraniega nocturna.

Mi nube había desaparecido por completo. Mi nube había dejado de ser el reflejo de mi alma, al igual que el clima. La lava había arrasado con todo, dejando tras de sí un campo fértil, listo para cultivar lo nuevo. Las sensaciones que viví a diario a través del café, a través de aquella persona que poco a poco hacía que me desdoblase en ternura y adoración, hicieron que mi alma se agitase a diario, que sintiera muchas más cosas que tristeza, que explorase, experimentase, saborease cada día de manera diferente y, tal como las gotas de lluvia en la tormenta, saltase sin pensarlo una y otra vez hacia la aventura de lo desconocido, de aquello que podía llevarme a mundos inimaginables.

Cátedra: *Redacción en Español*, del Traductorado de Inglés, turno vespertino.

Autora: Madelaine Ronchi